

ARENAS DEL MAPOCHO, por *Ricardo Puelma*. Editorial
Nascimento. 1947

Este libro de don Ricardo Puelma, hace recordar a ratos a aquellas sabrosas páginas de Zapiola, en sus «Recuerdos de treinta años», que uno lee de un tirón, gustoso y quedándose con ganas de seguir adelante. Otro tanto nos ocurre con estas «Arenas del Mapocho» saturadas de picardía, a ratos de escepticismo y no exentas de bondad para mirar a los hombres y al mundo en que se vive sin mayor zozobra que la causada en el ánimo por la rudeza material de la vida.

El libro de don Ricardo Puelma ofrece la singularidad de pintarnos al Santiago de 50 años atrás, a través de su propia experiencia. Un niño sin el amparo de sus padres, se ve obligado a recurrir a la protección de sus parientes. ¡Y qué parientes! Fuera de unas viejecitas encantadoras que son sus tías, los demás parientes son unos tipos feroces. Con un egoísmo que rebasa todas las proporciones de lo cruel y de lo grotesco. Hay algunos pasajes del libro que provocan pena y risa al propio tiempo.

Un rico señorón de esos tiempos, pariente suyo, que lo considera un perdido, lo condena a ir a trabajar en una herrería de la calle Matucana, que por ese tiempo no es más que un callejón. Allí el chiquillo, que es don Ricardo Puelma, por ese tiempo, pasa toda clase de penurias, trabajo excesivo, hambre, falta de sueño. Una noche que está en la herrería, le toca presenciar algunas escenas cómicas y curiosas del pillaje a que se entrega la soldadesca del ejército opositor cuando ya caído Balmaceda, se dedican a asaltar las casas de quienes hasta entonces habían sido partidarios del Gobierno.

Pero el libro de Puelma es necesario leerlo, para encon-

trarle el sabor que tiene. Es una sucesión de pintorescas escenas que a ratos lindan con lo ridículo. El autor tiene la valentía de consignarlas crudamente, como en el caso de ese tendero a donde va a trabajar como allegado y en cuya casa le tratan peor que si fuera mísero sirviente de esos tiempos.

El niño Puelma es una especie de ayuda de cámara del dueño de casa, casado con una prima suya. Lo que ocurre allí, desde el momento en que el autor, un niño de 13 años, lo atiende en sus menesteres más íntimos hasta que llega a desempeñar sus deberes conyugales, tienen una comicidad que en realidad sobrepasa toda expectativa. Y junto a eso, como una corriente salpicada por los más originales y curiosos reflejos, va el señor Puelma contando lo que es la vida de esos años, en este Santiago cruzado de acequias y a ratos invadido por legiones de pericotes que invadían las casas como verdaderas jaurías de fieras.

Las confesiones de don Ricardo Puelma, tienen todo el sabor, toda la gracia de un hombre que habla sin remilgos, sin llegar tampoco a la grosería ni a la obscenidad. Es una mezcla curiosa de contención y de libertad muy bien dosificada, para dar la nota exacta de lo que se desea pintar. Sus confesiones apasionadas, vida saturada de experiencias, crueles a veces, graciosas, pintorescas y absurdas algunas. Es en todo caso un libro que no se suelta de las manos hasta terminarlo, porque está escrito con espontánea sinceridad, y con el calor del alma de quien a lo largo del tiempo y en la perspectiva que dan los años, le busca paliativos a todas aquellas circunstancias que le hicieron conocer el egoísmo del hombre, hasta en sus detalles más recónditos.—LUIS DURAND.